



JUEGOS INFANTILES EN LOS TRISTES TREINTA

Por Adolfo LEIBAR

Los de mi quinta iniciamos la década de los treinta con pantalones cortos—mixtos, mejor dicho, pues era esto lo que se estilaba—y la concluimos a punto de vestirnos de caqui.

La impronta determinante de la década, su más dramática expresión, fue la cruenta guerra civil. Y por ello, el hombre, si no truncadas sí vio alteradas las fases evolutivo-existenciales del jugar, amar y tratar de vivir lo mejor posible, como reclama el instinto, simplemente.

Y no es que los chavales de mi quinta permaneciésemos impertérritos ante la tragedia—puesto que al que se libró de la ola le alcanzaron sus salpicaduras—, sino que la fase del jugar es tan vital que supera todos los cataclismos. De ahí que a pesar de la tristeza de la década, los del jugar, jugáramos. Y lo hicimos así:

A la cuerda:

Y en obligada gracia a nuestras contemporáneas comencemos con el salto de la comba, tan consustancial a ellas, aunque más de un pizpireto nos diéramos cierta maña en este ejercicio armónico y saltarín.

Se decía: «¿Vamos a jugar a la cuerda?» Y seguidamente elegíamos entre sus modalidades de: a saltos, a «bikos», a vueltas, a las olas y a la liga. A «bikos» era la que exigía mayor aptitud.

La tonadilla más clásica para «a bikos» correspondía a esta jerga:

*Pinis, pinis
Terrosinó
Tirripitina*

Ta-ti-nó
Al español
El trangüé
La regalé
Muxu lapá
De lapasé
(¡Qué bello reto para los lingüistas!)

Otra «a bikos»:

Una y dos,
Patinar, patinar, patinaba
Una niña en París,
Resbaló, resbaló
Y a la orilla del puente cayó
Y de pre y de pre
Y de premio le vamos a dar
Un vesti, un vesti,
Un vestido para carnaval.
(¿ Su autora ? Una tartamuda, sin duda.)

A la liga:

Lejía «El conejo»
Es la mejor lejía,
Se vende en todas partes
Menos en la Cooperativa (Qué individualista!),
Coo-pe-ra-ti-va

A saltos:

Avila, Segovia, Soria, Logroño, Burgos, Santander,
Palencia y Valladolid.
Ochocientos mil
Se juntaron a dormir (¡Qué barbaridad! ¿Dónde?),
Juan, Pedro y Agustín (¡Ah, menos mal!)

Otra:

Aria, mataxa, loria.

A las olas:

Al pasar la barca me dijo el barquero,
Las niñas bonitas no pagan dinero.
Yo no soy bonita ni lo quiero ser. (¡Bolera, más que bolera!)
¡Arriba la barca: una, dos y tres!

También un determinado ente político-social cantaba esta sincopada cantinela euskérica, pero no recuerdo para qué variante de a la cuerda.

Jolastu gaitezen danok
Soka jokuan,
Soka jokuan,
Aurtxo euskotarrari
Dagokion eran,
Dagokion eran,
Eusko utsean
Bat eta bi, iru, lau eta bost
Amar geiagokin dira ama bost.

Y había algunas más, como: Al pimiento colorado, azul y verde, la señorita Ixiar casarse quiere. (Y supongo que para estas fechas ya lo habrá hecho, porque si no...). Soy la reina de los mares. En el campo hay una rosa. Al coche-

rito leré. Cuatro ventanas tiene mi caserío. El nombre de María, etc.

Y, finalmente, dos más a bikos:

Santa Faustinita, hija de un rey moro,
Le mató su padre con cuchillo de oro. (¡Caramba,
caramba, con su padre!)
No era de oro ni tampoco plata,
Era un cuchillo de pelar patatas. (¡Pues qué desilusión!)
De los árboles frutales
Me gusta el melocotón,
Y de los reyes de España
Alfonsito de Borbón.

Pero tampoco los varones nos quedábamos mancos a la hora de inventar letrillas para jugar, por ejemplo:

A burros:

Morro
Piko
Callo
¿Qué?
Txurrutaina
Media manga
Mangotón
¿Dónde está?

En este juego, cuyo título puedo dar fe que no traicionábamos en ningún momento, lo fundamental era la honradez del ama, que no pasara señas ni metiera bola. Pero siempre menudeaban los follones por aquello de las suspicacias.

A «txibas»:

Que corresponde al de la peonza. Contaba con muchos adeptos y con verdaderos especialistas que introducían boñiga de caballería, a poder ser fresca, para ajustar mejor la punta (¡mira que no patentarlo!), afilada como un bisturí; quitaban la *kankarra*, introducían plomo en el agujero, humedecían la cuerda y ¡hala, hala! con su *txiba* convertida en arma a partir la de aquellos que, como yo, siempre las bailábamos de *kankarra* y no conseguíamos ponerla en *zurrunga* ni de churro.

A canicas:

Tenía sus variantes de a *kaxkas* y *arras* y al *bertan-zulo*. Había de barro, de piedra, de mármol, de acero y eran muy apreciadas las multicolores de vidrio y las que se utilizaban para mantener la presión de las botellas de limonada entonces en uso. No explico la forma de jugar a *kaxkas* y *arras* porque todavía se juega, aunque sí señalaré que en el momento de iniciarse el juego se tomaban las posiciones de participación a las voces de ¡*Azken!* ¡*Urren!*, según la táctica preconcebida de cada jugador y a tenor de las dificultades de la *erreka*, que era la pista habitual del juego. En cuanto al *bertan-zulo* consistía en lanzar la canica desde una distancia determinada hasta conseguir meterla en el agujero, bien al primer envío o a base de aproximarse empujándola a golpe de dedo y cuidando de no ser desplazado por los demás jugadores; una especie de petanca a escala reducida. Los había tan mañosos que al hacerse con todas las canicas se veían obligados a prestarla para proseguir el juego.

A mí me da en la nariz que este juego es más bien árabe por lo mucho que toca ponerse en cuclillas.

A tabas:

Nuestras adoradas contrarias eran primorosas jugando a tabas con sus variantes de *atxixua* y a zapatitos, y a primeras, segundas, terceras y cuartas, que se adecuaban perfectamente a su característica habilidad manual. Y mientras realizaban sus juegos malabares se acompañaban de esta estrofa:

*San Isidro labrador,
Hombre pequeño y trabajador.
San José Bendito
Tiene un niñoito
Que ni come ni bebe,
Pero siempre está gordito.*

A guerras:

Y mientras tronaba la de verdad hacíamos nuestras propias guerras; incruentas, sí, pero que tampoco eran mancas.

Las mesnadas representaban más a las calles que a los barrios. Para mí, los de *Goiko-kale* eran los genuinos guerrilleros. Las acciones no se hallaban exentas de estrategia —la retirada precisaba también estar asegurada— y los campos de batalla predilectos para dirimir la superioridad entre una y otra calle se concretaban preferentemente en el *kaxko* de Arramendi, el de Lapas, Alabarga, los troncos o en la escarbilla. En cuanto a las armas arrojadizas: el inseparable brazo, el tiragomas y la honda, para la piedra. Y para la varilla del paraguas—bien afilada su punta en la pared arenisca del frontón—el temible arco.

Mi hermano Liteo y mi amigo Boni guardan algo más que recuerdo de estas escaramuzas en las que el tiragomas, con su *xardi* bien equilibrada y sus gomas tensas, venía a ser el fusil de la infantería. Había expertos «tiragomistas» con una puntería excepcional que mataban pájaros al vuelo... Yo me especialicé con la honda y llegué a tirar bonitamente, con zumbido y todo ¡zass, zass!

Y cuando ganábamos una batalla, lo que se traducía en refrendo y prestigio de nuestro ya incipiente machismo, los saltos de alegría eran equiparables... casi, a los de aquel hombre tranquilo que en placentera siesta canicular en ubérrimo campo se despertó brincando por mor de un par de aloçadas avispas que se le habían colado por la bragueta. ¡Sí, a ese tenor eran nuestros saltos, tal era la importancia de nuestras guerras!

Arma tan curiosa como su nombre, rarísimo invento que podía haber sido el precursor del bazoka, fue el *tikilitákulo*. Consistía en un tubo de madera en el que se introducía papel prensado proyectándose éste a base del golpe que se daba con la mano o con el vientre, catapultando así a una barrita que se introducía en el tubo. Ineficaz para nuestras guerras y de un infantilismo primitivo enorme. Creo que su caducidad radicó en que el papel había que convertirlo en pulpa y nosotros lo hacíamos con la boca y a base de pura saliva, y, claro, después de preparar tres o cuatro proyectiles nuestras mandíbulas no tenían fuerza ni para masticar natillas.

A la pelota:

No se trata del juego más popular y de mayor arraigo en aquellas fechas, sino del que practicaban las chicas a base de una pelota del tamaño de las de mano, que la hacían botar a diversas alturas pasándosela por entre las piernas mientras se acompañaban diciendo:

*Con un pie,
Con el otro pie,
Con una mano,
Con la otra mano,
Al tepeté,
Atrás y adelante,
A la redondelita
Pa los estudiantes. (¡Sí, para eso, precisamente,
estaban ellos!)*

A «txingos», que también se conoce por la coxcojilla:

Lo practicaban mucho nuestras mozas y algún «marisukalde» que otro. Algunas variaciones del mismo: Con descanso y sin descanso; variando de pata; mirando al cielo, pisando y sin pisar la raya ni la piedra. Se marcaban los rectángulos y los números en el suelo y antes de tirar la tiza y, probablemente siguiendo los atávicos dictados del subconsciente, la más garbosa y decidida escribía en la pared: «Txomin, te quiero» Y en alguna ocasión: «Adolfo, guapo» (¡Gracias, monada!). Pero las más de las veces se decidía por esta muestra prodigiosa de ingenio y de amistad: «Tonto el que lo lea»

A banas:

Era una especie de beisbol, por darle algún parecido. Lo jugaban dos: uno se colocaba dentro del clásico círculo trazado en el suelo y con la correspondiente *makilla* en la mano atizaba a la bana, que salía disparada, mientras el otro procuraba cogerla al aire o bien del suelo tratando de introducirla en el círculo, en cuyo caso cambiaban las tornas. El juego resultaba peligroso dada la dificultad en dominar la dirección y los rebotes de la bana que, en base al porcentaje de accidentes, mostraba su predilección por los ojos de los jugadores.

A «santos»:

Aprovechando que en «Valverde» fabricaban las litografías para las cajas de cerillas, no resultaba difícil—por lo de las recomendaciones—el proveerse de «santos» de desecho. Asimismo, los recortes que «La Papelera» recibía de la Fosforera de Irún nutrían nuestras existencias. Los «santos» se colocaban dentro del círculo—¡cuántos juegos con círculo!—y, desde fuera, con una piedra plana se intentaba sacar a los «santos»... lapidándolos, según bíblica costumbre.

Otra variante de a «santos» consistía en, una vez determinado el número de «santos» en juego por participante, arriarse a una pared y a una altura aproximada al metro se soltaba el «santo» —previo el *azken, urren*—, ganando finalmente el jugador que montaba su «santo» sobre el caído en el suelo. Como se puede adivinar no hacía falta mucha ciencia para jugarlo, pero sí algo de habilidad en plomada y bastante suerte.

A cromos:

Ellas lo practicaban en escaleras, bancos o mesas. Había ejemplares muy cromáticos y artísticos a los que fijaban a priori una escala de valores. Para darles la vuelta convenía formar con la mano una especie de cuenco-ventosa, pero sin exagerar, puesto que podían dar doble vuelta y quedarse como antes. Aquí pasaba como con las canicas: las habilidosas finalmente se convertían en prestamistas.

A pies:

De ámbito reducidísimo, creo que local. Lo jugábamos en la especie de repisa que se halla en la iglesia parroquial, frente a la tienda de *Kanttalen*. Los que se encontraban sobre ella tenían que esconder los pies para que no se los tocara el para, que estaba debajo. Cuando lo conseguía bajaba el tocado y subía el *para*. ¡Así de *iñohsente*!

También llamábamos hacer pies, aunque no se trataba de juego alguno, al procedimiento habitual para formar equipos de juegos. Se nombraba un capitán y para elegir al primero, en lugar del cara o cruz clásico, desde determinada distancia se iban adelantando los mozalbetes pie a pie y el que montaba finalmente su pie sobre el otro tenía opción para elegir a los mejores según su criterio.

Potos al aire:

De mi total predilección. Era espectacular, bastante técnico, algo arriesgado y con un no sé qué de emocionante brujería.

Un buen pote de tomate, agujero fabricado con un clavo de diámetro perfecto, carburo de primera calidad, el agujero en la tierra totalmente regular con los bordes presionados por piedras y cubriendo al pote hasta media altura y, remedando a los más técnicos, en lugar de agua... abundante *pixa* caliente, porque daba más fuerza y... a prenderle fuego. ¡Buuuummm! ¡Allí salía el pote, más alto que la torre de la iglesia! Rara vez me hacía candil. Y me satisfacía enormemente considerarme un «ptonauta» pistonudo.

Al baile:

Aunque no contaban con una escuela de balet como la de Moscú, por citar alguna, no por eso nuestras mozas dejaban de cultivar la danza. Y se contoneaban al son de varias que les servían para andar por casa, si bien sus letras podrían confundir o contrariar al poeta exigente.

El baile más clásico, su verdadero «lago de los cisnes», era este:

Ambo, ato, matarile-rile-rile,
Ambo, ato, matarile-rile-rón.
¿Dónde están las llaves?, matarile-rile-rile,
¿Dónde están las llaves?, matarile-rile-rón.
En el fondo del mar, matarile-rile-rile,
En el fondo del mar, matarile-rile-rón.
¿Quién irá a buscarlas?, matarile-rile-rile,
¿Quién irá a buscarlas?, matarile-rile-rón.
La señorita Ixiar, matarile-rile-rile,
La señorita Ixiar, matarile-rile-rón ¡Chimpón!
(¡Perfecto!)

Otro, parecido al Frère Jacques:

Debajo el bastón, ton, ton
Del señor Martín, tin, tin
Había un ratón, ton, ton
¡Ay qué chiquitín!, tin, tin.
Ratón, ratón,
No salgas más de ese rincón,
Una trampa te han puesto
¡Ay, si caes en ella te morirás!
¡No moriré! ¡Sí morirás!

¡No moriré! ¡Sí morirás! (Hay que ver, ¡qué cazorros!)

Y otro más:

A la kinkirrinera,
A la sanguirrinera,
Arrautza plaza berriko
Girari beste aldera.

Y luego, rayando quizás a mayor altura:

La señorita Ixiar ha entrado en el baile.
Que lo baile, que lo baile, que lo baile,
Y si no lo baila, medio cuartillo más,
Que lo pague, que lo pague, que lo pague.
Entre usted que la quiero ver bailar, saltar y brincar
dar vueltas por el aire,
Con lo bien que lo baila la moza, déjala sola, sola
en el baile.
Que salga la madama vestida de marinero,
Que aunque no tenga dinero será capitán del cielo.
Este cuerpo, este talle, este bonito meneo,
Este cuerpo tan gracioso que vale tanto dinero (¡Qué malévolamente provocación!);
Las manos en la cadera, que son para mi querer
(Nosotros, más prosaicos, decíamos «los pollos en la cazuela»),
Que son para Basilisa, que lo sabe componer, que lo sabe componer.

Y así trataban de emular a la Paulova. No se puede afirmar absolutamente la carencia de bailarines, pero sí que Nijinski no corría peligro alguno de perder su diadema.

A «hay-luz»:

Participaban dos grupos compuestos por 4 ó 5 jugadores. Y consistía en entrelazarse los componentes de uno, hombro con hombro y con la cabeza humillada (cuando estaba alta, se decía: «¡Baja la pasta!») formando un compacto círculo de burros. Había un ama por cada grupo y se hacían previamente pies para ver a cuál de ellos le tocaba ponerse de burros. La apertura del juego la hacía el ama al grito de «¡Hay-luz!» Correteaban entonces los presuntos jinetes en torno a los burros para eludir la vigilancia del ama y montarse sobre éstos. Si los burros aguantaban manteniéndose todos de pie ganaban, convirtiéndose en jinetes. Y cuando no resistían el peso se decía «¡Reventón!» y a continuar de burros entre el regocijo general. Y si el ama atrapaba a alguno de los jinetes antes de montarse o bien, montado ya, tocaba con los pies en el suelo, se convertía en burro junto con sus compañeros. Sobra decir que cada grupo contaba siempre con algún jugador de peso para provocar el ¡reventón! El juego originaba muchos enfados, pues nadie se resigna fácilmente a que le llamen burro y que encima se le monten.

Pues, sí, todavía se practicaban más juegos, pero habrá que limitarse a relacionarlos, siquiera con breves comentarios, no sea que la implacable tijera de los redactores de la revista entre en funciones.

A «tres navíos en el mar»:

Y otros tres en busca van. ¡Tierra descubierta!

A bules:

Con su variante de a pote-bule, ésta más de chicos.

A aros:

De madera para las chicas y de hierro para los chicos.
¡Qué carreras!

Al yo-yo:

El foráneo por excelencia. Tuvo un momento impresionante. Llegaron a celebrarse hasta competiciones nacionales.

A prendas:

Que jugado a su máxima expresión resultaba un burdo «strip-tease».

A dedos:

*Onek, etonek, etonek
Bart eztaiak zituzten
Onek oneri zer ezan?
Konbiratzeko au eta au,
Konbiratzalleak au eta au
Orra nun dituzu ogei ta lau*

A «erre-irten»:

Con su grito entusiasta de presa: ¡*Erria!*

Al fútbol:

Pues, sí, también al fútbol.

A sopas:

Haciendo rebotar piedras planas sobre la superficie del río Oyarzun... en los meandritos de la Alameda Grande.

A chapas:

Casi siempre en el frontón. A base de dos monedas de diez céntimos (dos «gordas») y a cara o cruz. Algunos se jugaban bastante «pasta».

A «goiti-beras»:

¡Oh, nostálgica *goiti-bera* de nuestros sueños! El vehículo más antipolución—que no antirruido—que ha existido.

A las cuatro esquinas:

Que no sé por qué, pero siempre eran cuatro árboles.

Al diábolo:

Airósa pajarita. ¡Qué bien la proyectaba Melchor Guruceaga! Tan bueno en esto como lo fue puntista.

Al corro de la patata (pero sin patata):

*Comeremos ensalada,
Naranjitas y limones*

Como lo hacen los señores.

¡Alupé, alupé, sentadita me quedé! (¡Pues mira qué bien!)

A la toca. A bolos:

Practicados mayormente por quienes frecuentaban las sidrerías.

A aviones:

De papeles diversos y que con sus formas de flecha, la ala en delta y clásico aeroplano, hacían nuestras delicias con su largo planear los días de viento sur.

A cometas:

Que si juzgamos por las veces que se las veía destacar en el aire no contaba con muchos adeptos, pero sí muy expertos. La mayoría eran de fabricación muy rudimentaria, aunque con brillantes colores, y con remiendos y coseduras de cinta empalme y esparadrapo.

Al ir a cerrar estas líneas pido excusas por los errores deslizados que, intuyo, serán bastantes, pues, a medida que hilaba el relato, mayor me cundía la certeza de que el trabajo exigía más dedicación..., pero ya no había tiempo. Menos mal que pasado este rubor uno puede descansar confiadamente ante la certeza de que el lector avisado o curioso que haya aguantado hasta el final sabrá subsanar los yerros y cubrir las omisiones.

También convendrá indicar que no se ha pretendido realizar un trabajo etnográfico—cada parcela tiene su dueño—, sino más bien una pirueta literaria, mejor un escolzo narrativo sobre algo que, sin duda, en determinado momento, influyó en las vivencias de algunas personas y que por tanto puede resultarles de amable recuerdo, que, ésta sí, es la pretensión definitiva.

Bastantes de los juegos citados persisten, aunque muchos en decadencia; varios ya desaparecieron; y también hay otros nuevos, si bien éstos cada día más con predominio de lo foráneo sobre lo indígena—esto bien podría llamarse universalidad—.

De todas formas resulta interesante y agradable constatar que el afán de disfrutar-jugando es manifiesto, tanto entre los niños como entre mayores. Y esto siempre es bueno para que el mundo no se haga viejo. ¡Juguemos, pues! Y, ¡finalmente ya!, hagámoslo:

A la una anda la mula:

*San Juan de Matuté
Se cagó en el monté,
Tres arrobas y más,
Amagar y no dar,
Dar sin reír,
Dar sin llorar,
Todos mirando al cielo
Porque se ha muerto mi abuelo,
Todos mirando a la tierra
Porque se ha muerto mi abuela.*

(R. I. P.)